

Ernesto Valencia

**EL CAMINANTE**  
**De Mendigo a Rey**

**(Sic)**  
Editorial  
Proyecto Cultural de  
Sistemas y Computadores S.A.

Bucaramanga  
2007

**PRIMERA EDICIÓN**

Junio de 2007

**DIAGRAMACIÓN - IMPRESIÓN - ENCUADERNACIÓN**

(Sic) Editorial Ltda.

Proyecto Cultural de Sistemas y Computadores S.A.

Centro Empresarial Chicamocha Of. 222 Sur

Tel: (97) 6343558 - Fax (97) 6455869

E-mail: Siceditorial@syc.com.co

Página web: [www.syc.com/sic](http://www.syc.com/sic)

Bucaramanga - Colombia

ISBN: 978-958-708-285-2

Prohibida la reproducción parcial o total de esta obra,  
por cualquier medio, sin autorización escrita del autor.

Impreso en Colombia

Corrección de estilo  
Laura Margarita Medina

Nota del Editor:

La corrección de la edición ha sido responsabilidad del autor.

## AGRADECIMIENTOS

Este libro ha sido producto de una vivencia personal, de una experiencia de más de 20 años en las calles. Con gran esfuerzo y dedicación escribí estas memorias que comparto con ustedes. Después de salir de las tinieblas muchos seres humanos maravillosos me tendieron la mano en este nuevo camino «De Mendigo a Rey».

Ante todo quiero agradecer a ese ser especial que anduvo siempre conmigo en el sendero de mi vida, Dios. Amigo que ahora me acompaña como nunca dejo de hacerlo.

La idea de escribir estas memorias nace de Cristina Espinel Castellanos, mujer que con sus consejos, paciencia, perseverancia e incondicional apoyo hizo posible que plasmara en esta obra todas mis invaluable historias.

En mi nuevo sendero aparecieron instrumentos de Dios que hicieron posible que mi sueño surgiera y se hiciera realidad, agradezco al Señor Christian Argüello Gómez, Director General del Programa El Mejor Día De Tu Vida y su equipo de trabajo, Señor Daniel Navas Corona, Gerente de (Sic) Editorial, a la Escritora Laura Margarita Medina correctora de estilo. Igualmente agradezco a mis amigos Michel Rojas, Gilberto Téllez esposa e hijos, Ricardo Jaimes Blanco, Teodora Espinel, Heraldo Torra y Jorge Torra y en especial a Luis Daza, Maira Alexandra Daza Espinel, Ana Dexi Daza Espinel por haber soportado tantas pruebas con mi llegada entre ellas la ausencia temporal de su esposa y madre.

Por último debo destacar la deuda contraída con todas aquellas personas que me enseñaron lo que sé, de nuevo mil gracias.



*Esta obra es dedicada a mi madre  
Cristina Espinel Castellanos  
Persona que después de Dios significa todo para mí.*



## EL CAMINANTE

Todo ser humano tiene una historia, siempre tenemos algo que contar. Pues bien, yo decidí publicar la biografía de un caminante, sufrimientos, aventuras y alegrías, desde que tuvo uso de razón hasta el presente y como logró sobrevivir. Es una historia que muchos quisieran conocer y nadie quisiera vivir. Mi deseo es que, amigo lector, reflexione y tome en cuenta que hay personas que no tuvieron la suerte que usted tiene. Estará en sus manos la experiencia de un guerrero del camino, *El Caminante*, aquel hombre nómada que vagó en las calles, que enfrentó muchos peligros, que robó para sobrevivir, que se drogo, tratando de inventarse un mundo inexistente, etc. Ese caminante... «soy yo».

### NOTA

Antes que todo quiero aclarar que mi ánimo no es el de ofender a ningún personaje aquí mencionado, o a otros que puedan mirar afectada su dignidad, como también no miro conveniente para menores de edad leer este libro sin la orientación de una persona adulta, ya que en el transcurso de éste hay historias difíciles de entender, esto quedará a criterio y responsabilidad del lector. En realidad no soy escritor o poeta, solo escribo mi historia.



## NÓMADA

A ciencia cierta no sé cuando, dónde, ni la fecha exacta de mi nacimiento. Como tampoco si este es mi verdadero nombre. Pero mi cédula dice que nací el 10 de agosto de 1970, en Popayán.

Dicen que mi madre me abandonó y me recogió una familia humilde y de sanos principios. Mas no fui el encanto de todos. Hubo quienes anhelaron no saber de mí. Dicen que algunos escupían por asco y yo, tan niño, sin entender, crecí, sin el amor de una madre, el asco y el desprecio. Cuando empecé a tener uso de razón, cuando la realidad estaba por comenzar, vivía en una finca a dos horas de Popayán, con mis padres adoptivos, Mateo y Manuela.

Llegado el momento, me llevaron a la escuela. No fui el mejor ni el más destacado, pero tampoco el peor. Mi primer profesor fue Carlos. Recuerdo que yo era el más busca pleito del salón; siempre tuve un rival que me seguía la corriente. Cuando no las había, era capaz hasta de comprar peleas, cosas de muchachos. De igual manera nació también allí mi primera ilusión, mi primer amor, o mejor dicho, dos, Cristina y Alexandra. Desde muy niño me incliné por la belleza y estas dos niñas eran las más lindas de la escuela, pero como en la vida no hay nada gratis, me tocaba darles los cincuenta centavos que mi papá me daba para el recreo. En mi afán por conquistar estas dos hermosuras solía hurtar café del depósito de papá y venderlo con el propósito de tener cualquier peso. Papá se daba cuenta y la pela era segura. Cómo hacia yo, o les daba plata a mis «novias» o me dejaban.

Un día en que habían desaparecido dos libras de café, papá y mamá llegaron a la escuela. Como era su costumbre, le llevaron un presente al profesor, después de saludarlo le pidieron permiso para hablar conmigo.

— Con mucho gusto, sigan por favor.

Vi que a mi papá encaminarse hacia mi pupitre, en su semblante se notaba lo furioso que se encontraba, me llené de miedo y exclamé:

— Apá yo no fui, yo no me robé las dos libras de café.

Más furioso aún preguntó:

— ¿Cómo sabes que son dos libras de café? Treinta y siete bocas se abrieron para reírse incluyendo a Cristina y Alexandra, que vergüenza la que sentí. Me tomó del brazo y delante de todos me preguntó:

— ¿Dónde las vendiste?

Un corto silencio se sintió en el salón interrumpido por una voz que cantó al compás de los sapos:

— En mi casa don Mateo.

Miré hacia el lugar de donde salía la acusación y para estar seguro de quien era el que la había terminado de embarrar. Era Jair, el hijo de don Alfonso. Quise defenderme:

— ¡Mentira, apá!

Por respuesta mi padre esculcó en mis bolsillos, encontró noventa y cinco pesos. Allí delante de mis compañeros me cascó y duro. Recibí golpes de mamá y del maestro.

Como a la hora del recreo nadie quiso jugar conmigo, cogí la pelota y no la entregué hasta que llamaron al profesor y este me obligó a hacerlo. Me sentía ofendido, quería pelear; Jair, el «sapo», me las debía. Lo desafié, ¡hay carajo! Otra tunda, pues

era más grande que yo, nos prendimos y claro, me ganó, pero se descuidó y una piedra acarició su cabeza, yo no fui, fue la piedra. Me suspendieron. Toda la semana en casa me tocó trabajar, coger café, y desyerbar.

Recuerdo que los sábados, como en mi vereda no había televisión, me iba a ver los Dukkes de Hazzard, el Hombre increíble y La mujer maravilla, a una hora de Sevilla, en el caserío el Zarzal, de paso visitaba a mis «novias». Como ya no podía robar café, pues mi papá había recomendado en todas las tiendas que no me compraran, robé dos piñas, una para Alexandra y otra para Cristina. Lo importante era no llegar allí con las manos vacías.

Una vez cumplido el pago del castigo, regresé a la escuela.

Hubo otro hecho que no puedo borrar de mi memoria, el día de mi Primera Comuni3n, mi padrino fue Julián, no sé quien era mi madrina, lo que sí recuerdo bien es mi traje de gala para esa ocasi3n; unos zapatos de caucho sin medias, un pantal3n azul bota campana y una camisa blanca guayabera que era prestada. El pelo frondoso ¡qué ordinario!. Los chicos se burlaban a mí paso, como soy negro, ésta era su manera de ofenderme:

— ¡Memín...!

Escuchaba burlas que venían de todos lados, me sentía mal con la pinta que me habían puesto, yo también los ofendía con mis palabras:

— Memín será su madre malparidos, si me siguen diciendo así les meto su pedraa.

Todo esto lo decía chillando de rabia, hasta los profesores me jodían la vida. Ese día aproveché para lucir una de mis mejores picardías, era una pequeña venganza por el trato y la

burla a la que me estaban sometiendo. Me puse un espejo en la punta del zapato para mirarles los calzones a las muchachas.

Como me habían dicho que después de confesarme no podía volver a pecar entonces hice mi último robo: Medio bulto de yucas, una arroba de café y diez piñas, todo esto lo vendí en mil pesos. Eso, sumado a la plástica que me dieron por lo de la fecha, sumaba dos mil pesos.

Mi papá Mateo y mamá Manuela, se separaron por uno de esos tantos problemas que mantenían entre ellos, la familia se dividió. Me quedé con papá.

Al poco tiempo él murió. Una ulcera acabó matándolo. Me refugié en la montaña más cercana con sinceros deseos de morir. Me fui a la laguna y allí duré tres días, deseaba arrojarme a ella para reunirme con papá, mas alguien que rondaba por allí me convenció desistir de la idea. Llegué donde mi mamá y enfrenté un infierno que no deseo contar, pero la vida esta llena de obstáculos, y enfrentarlos es la mejor manera de vencerlos.

Debido a mi mal comportamiento en casa y fuera de ella, y a los muchos enemigos que me gané, de Popayán me mandaron a Cali, a casa de Bernardo. Este señor había sido el primer esposo de mi mamá Manuela. Nada cambió en mí, estuve un tiempo tratando de crecer. Sería el desapego o la falta de comprensión, pero allí tampoco me soportaron. Me regresaron a Popayán. Mi conducta no cambió y definitivamente me echaron de la casa. Cómo es la vida, les serví como un esclavo mas a ellos les daba lo mismo si llegaba o no a cenar. Mi opinión nunca fue pedida, ni válida si se me ocurría alguna idea por buena que pareciera. Hasta el color de mi piel desentonaba con el ambiente de la casa. Solo había en la familia de la cual nada malo tengo que decir. Era Adelina, la hija mayor de Manuela, la menos estudiada, la más pobre, la hija mejor, la

mejor madre; nunca alzó una mano contra mí, ni se creyó superior. En muchas ocasiones fue mi consejera, mi aliada cuando de enderezar mi comportamiento se trataba, pero ella sola no podía ayudarme.

No voy a justificarme, ni a decir que todo para conmigo fue injusticia. Como todos, también cometí errores, y muchos, pude cambiar, ser mejor. Para ello, bastaba sólo escucharme, pero no quisieron. Por desgracia hay quienes creen ser perfectos. Ni para qué culpar personas que a la final no inspiran más que lástima.

Mi pasado... mi niñez... ¿Cruel? ¿Injusta? ¿Inocente? ¿Culpable? Aún no encuentro la respuesta.

En todo esto hay algo que no he dicho. Cierta día me gritaron ¡Regalado!. No entendí aquellas palabras, pensé que eran para otro, no para mí. Sentía el rechazo y el rencor de los que vivían conmigo, no sabía por qué tanto odio. Elvira, quien hasta ese día había sido mi hermana, me contó una cruel verdad, yo no había nacido como los demás, en un hospital, no había salido de las entrañas de mi madre, yo había sido encontrado en un tarro de la basura. Dijo también que nadie quería recogerme, tal vez por que daba asco, quizás porque era más peligroso que hacer el amor en un colchón de alacranes. Ahora comprendía muchas cosas. Todo esto ya no debía extrañarme. Incluso, la que hasta ese día creía mi madre estaba confabulada en mi contra.

Me mandaron a una cárcel, no haré dramatismo, ni fingiré de sufrido. Hay casos peores. Una pregunta me hice en ese instante: ¿Para qué me adoptaron si me iban a odiar? Pienso que la culpable de todo esto fue aquella que me engendró. No deseo saber de ella, y aunque conocí a Dios, no he aprendido aún a perdonarla.